



# La globalización ha muerto

Álvaro García Linera

**E**l desenfreno por un inminente mundo sin fronteras, la algarabía por la constante jibarización de los Estados-nacionales en nombre de la libertad de empresa y la cuasi religiosa certidumbre de que la sociedad mundial terminaría de cohesionarse como un único espacio económico, financiero y cultural integrado, acaban de derrumbarse ante el enmudecido estupor de las élites globalófilas del planeta.

La renuncia de Gran Bretaña a continuar en la Unión Europea –el proyecto más importante de unificación estatal de los últimos 100 años– y la victoria electoral de Trump –que enarbó las banderas de un regreso al proteccionismo económico, anunció la renuncia a tratados de libre comercio y prometió la construcción de mesopotámicas murallas fronteras–, han aniquilado la mayor y más exitosa ilusión liberal de nuestros tiempos. Y que todo esto provenga de las dos naciones que hace 35 años atrás, enfundadas en sus corazas de guerra, anunciaron el advenimiento del libre comercio y la globalización como la inevitable redención de la humanidad, habla

de un mundo que se ha invertido o, peor aún, que ha agotado las ilusiones que lo mantuvieron despierto durante un siglo.

Y es que la globalización como meta-relato, esto es, como horizonte político ideológico capaz de encausar las esperanzas colectivas hacia un único destino que permitiera realizar todas las posibles expectativas de bienestar, ha estallado en mil pedazos. Y hoy no existe en su lugar nada mundial que articule esas expectativas comunes; lo que se tiene es un repliegue atemorizado al interior de las fronteras y el retorno a un tipo de tribalismo político, alimentado por la ira xenofóbica, ante un mundo que ya no es el mundo de nadie.

## La medida geopolítica del capitalismo

Quien inició el estudio de la dimensión geográfica del capitalismo fue Marx. Su debate con el economista Friedrich List sobre el “capitalismo nacional” en 1847 y sus reflexiones sobre el impacto del descubrimiento de las minas de oro de California en el comercio transpacífico con Asia, lo ubican como el primer y más acucioso

investigador de los procesos de globalización económica del régimen capitalista. De hecho, su aporte no radica en la comprensión del carácter mundializado del comercio que comienza con la invasión europea a América sino en la naturaleza planetariamente expansiva de la propia producción capitalista.

Las categorías de *subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al capital* con las que Marx devela el automovimiento infinito del modo de producción capitalista, suponen la creciente subsunción de la fuerza de trabajo, el intelecto social y la tierra, a la lógica de la acumulación empresarial, es decir, la supeditación de las condiciones de existencia de todo el planeta a la valorización del capital. De ahí que en los primeros 350 años de su existencia, la medida geopolítica del capitalismo haya avanzado de las ciudades-Estado a la dimensión continental y haya pasado, en los últimos 150 años, a la medida geopolítica planetaria.

La globalización económica (material) es pues inherente al capitalismo. Su inicio se puede fechar 500 años atrás, a partir del cual habrá de tupirse, de manera fragmentada y contradictoria, aún mucho más.

Si seguimos los esquemas de Giovanni Arrighi en su propuesta de ciclos sistémicos de acumulación capitalista a la cabeza de un Estado hegemónico: Génova (siglos XV-XVI), los Países Bajos (siglo XVIII), Inglaterra (siglo XIX) y Estados Unidos (siglo XX), cada uno de estos *hegemones* vino acompañado de un nuevo tupimiento de la globalización (primero comercial, luego productiva, tecnológica, cognitiva y, finalmente, medio ambiental) y de una expansión territorial de las relaciones capitalistas. Sin embargo, lo que sí constituye un acontecimiento reciente al interior de esta globalización económica es su construcción como proyecto político-ideológico, esperanza o sentido común, es decir, como *horizonte de época* capaz de unificar las

creencias políticas y expectativas morales de hombres y mujeres pertenecientes a todas las naciones del mundo.

### El “fin de la historia”

La globalización como relato o ideología de época no tiene más de 35 años. Fue iniciada por los presidentes Ronald Reagan y Margaret Thatcher, liquidando el Estado de bienestar, privatizando las empresas estatales, anulando la fuerza sindical obrera y sustituyendo el proteccionismo del mercado interno por el libre mercado, elementos que habían caracterizado las relaciones económicas desde la crisis de 1929.

Ciertamente fue un retorno amplificado a las reglas del liberalismo económico del siglo XIX, incluida la conexión en tiempo real de los mercados, el crecimiento del comercio en relación al Producto Interno Bruto (PIB) mundial y la importancia de los mercados financieros, que ya estuvieron presentes en ese entonces. Sin embargo, lo que sí diferenció esta fase del ciclo sistémico de la que prevaleció en el siglo XIX fue la ilusión colectiva de la globalización, su función ideológica legitimadora y su encumbramiento como supuesto destino natural y final de la humanidad.

Y aquellos que se afiliaron emotivamente a esa creencia del libre mercado como salvación final no fueron simplemente los gobernantes y partidos políticos conservadores, sino también los medios de comunicación, los centros universitarios, comentaristas y líderes sociales. El derrumbe de la Unión Soviética y el proceso de lo que Gramsci llamó *transformismo* ideológico de ex socialistas devenidos en furibundos neoliberales, cerró el círculo de la victoria definitiva del neoliberalismo globalizador.

¡Claro! Si ante los ojos del mundo la URSS, que era considerada hasta entonces como el referente alternativo al capitalismo de

libre empresa, abdica de la pelea y se rinde ante la furia del libre mercado –y encima los combatientes por un mundo distinto, públicamente y de hinojos, abjuran de sus anteriores convicciones para proclamar la superioridad de la globalización frente al socialismo de Estado–, nos encontramos ante la constitución de una narrativa perfecta del destino “natural” e irreversible del mundo: el triunfo planetario de la libre empresa.

El enunciado del “fin de la historia” hegeliano con el que Fukuyama caracterizó el “espíritu” del mundo, tenía todos los ingredientes de una ideología de época, de una profecía bíblica: su formulación como proyecto universal, su enfrentamiento contra otro proyecto universal demonizado (el comunismo), la victoria heroica (fin de la guerra fría) y la reconversión de los infieles.

La historia había llegado a su meta: la globalización neoliberal. Y, a partir de ese momento, sin adversarios antagónicos a enfrentar, la cuestión ya no era luchar por un mundo nuevo, sino simplemente ajustar, administrar y perfeccionar el mundo actual pues no había alternativa frente a él. Por ello, ninguna lucha valía la pena estratégicamente pues todo lo que se intentara hacer por cambiar de mundo terminaría finalmente rendido ante el destino inamovible de la humanidad que era la globalización. Surgió entonces un conformismo pasivo que se apoderó de todas las sociedades, no solo de las élites políticas y empresariales, sino también de amplios sectores sociales que se adhirieron moralmente a la narrativa dominante.

### **La historia sin fin ni destino**

Hoy, cuando aún retumban los últimos petardos de la larga fiesta “del fin de la historia”, resulta que quien salió vencedor, la globalización neoliberal, ha fallecido dejando al mundo sin final ni horizonte victorioso, es decir, sin

horizonte alguno. Trump no es el verdugo de la ideología triunfalista de la libre empresa, sino el forense al que le toca oficializar un deceso clandestino.

Los primeros traspiés de la ideología de la globalización se hacen sentir a inicios de siglo XXI en América Latina, cuando obreros, plebeyos urbanos y rebeldes indígenas desoyen el mandato del fin de la lucha de clases y se coaligan para tomar el poder del Estado. Combinando mayorías parlamentarias con acción de masas, los gobiernos progresistas y revolucionarios implementan una variedad de opciones posneoliberales mostrando que el libre mercado es una perversión económica susceptible de ser reemplazada por modos de gestión económica mucho más eficientes para reducir la pobreza, generar igualdad e impulsar crecimiento económico.

Con ello, el “fin de la historia” comienza a mostrarse como una singular estafa planetaria y nuevamente la rueda de la historia –con sus inagotables contradicciones y opciones abiertas– se pone en marcha. Posteriormente, en 2009, en EE.UU. el hasta entonces vilipendiado Estado, que había sido objeto de escarnio por ser considerado una traba a la libre empresa, es jalado de la manga por Obama para estatizar parcialmente la banca y sacar de la bancarrota a los banqueros privados. El eficienticismo empresarial, columna vertebral del desmantelamiento estatal neoliberal, queda así reducido a polvo frente a su incompetencia para administrar los ahorros de los ciudadanos.

Luego viene la ralentización de la economía mundial, pero en particular del comercio de exportaciones. Durante los últimos 20 años, este crece al doble del Producto Interno Bruto (PIB) anual mundial, pero a partir del 2012 apenas alcanza a igualar el crecimiento de este último, y ya en 2015 es incluso menor, con lo que la liberalización de los mercados ya no

se constituye más en el motor de la economía planetaria ni en la “prueba” de la irresistibilidad de la utopía neoliberal.

Por último, los votantes ingleses y norteamericanos inclinan la balanza electoral a favor de un repliegue a Estados proteccionistas –si es posible amurallados–, además de visibilizar un malestar ya planetario en contra de la devastación de las economías obreras y de clase media, ocasionado por el libre mercado planetario.

Hoy, la globalización ya no representa más el paraíso deseado en el cual se depositan las esperanzas populares ni la realización del bienestar familiar anhelado. Los mismos países y bases sociales que la enarbolaron décadas atrás, se han convertido en sus mayores detractores. Nos encontramos ante la muerte de una de las mayores estafas ideológicas de los últimos siglos.

Sin embargo, ninguna frustración social queda impune. Existe un costo moral que, en este momento, no alumbra alternativas inmediatas sino que –es el camino tortuoso de las cosas– las cierra, al menos temporalmente. Y es que a la muerte de la globalización como ilusión colectiva no se le contrapone la emergencia de una opción capaz de cautivar y encauzar la voluntad deseante y la esperanza movilizadora de los pueblos golpeados. La globalización, como ideología política, triunfo sobre la derrota de la alternativa del *socialismo de Estado*, esto es, de la estatización de los medios de producción, el partido único y la economía planificada desde arriba. La caída del muro de Berlín en 1989 escenifica esta capitulación. Entonces, en el imaginario planetario quedo una sola ruta, un solo destino mundial. Y lo que ahora está pasando es que ese único destino

trionfante también fallece, muere. Es decir, la humanidad se queda sin destino, sin rumbo, sin certidumbre. Pero no es el “fin de la historia” –como pregonaban los neoliberales–, sino el fin del “fin de la historia”; es la nada de la historia.

Lo que hoy queda en los países capitalistas es una inercia sin convicción que no seduce, un manojito decrepito de ilusiones marchitas y, en la pluma de los escribanos fosilizados, la añoranza de una globalización fallida que no alumbra más los destinos. Entonces, con el socialismo de Estado derrotado y el neoliberalismo fallecido por suicidio, el mundo se queda sin horizonte, sin futuro, sin esperanza movilizadora. Es un tiempo de incertidumbre absoluta en el que, como bien intuía Shakespeare, “todo lo sólido se desvanece en el aire”. Pero también por ello es un tiempo más fértil, porque no se tienen certezas heredadas a las cuales asirse para ordenar el mundo. Esas certezas hay que construirlas con las partículas caóticas de esta nube cósmica que deja tras suyo la muerte de las narrativas pasadas.

¿Cuál será el nuevo futuro movilizador de las pasiones sociales? Imposible saberlo. Todos los futuros son posibles a partir de la “nada” heredada. Lo común, lo comunitario, lo comunista es una de esas posibilidades que está anidada en la acción concreta de los seres humanos y en su imprescindible relación metabólica con la naturaleza. En cualquier caso, no existe sociedad humana capaz de desprenderse de la esperanza. No existe ser humano que pueda prescindir de un horizonte, y hoy estamos compelidos a construir uno. Eso es lo común de los humanos y ese común es el que puede llevarnos a diseñar un nuevo destino distinto a este emergente capitalismo errático que acaba de perder la fe en sí mismo.



# Globalization is dead

Álvaro García Linera

**T**he exuberance of a looming world without borders; the excitement caused by the constant shrinking of nation-states in the name of free enterprise; and the certainty, almost of religious nature, that the world society would end uniting in one integrated economic, financial and cultural space: those beliefs have just collapsed and the pro-globalization elites of the world observe this with an astonished silence.

Brexit, Great Britain decision to leave the European Union – the most important project of state merging in the last century – and the electoral victory of Donald Trump – a man who fiercely defended the return of protectio-

nism, announced the withdrawal of free trade agreements and promised to build walls of legendary proportions – have destroyed the greatest and most successful liberal illusion of our times. Those decisions come from the two countries that announced, as if they had won a war, the definitive coming of an era of free trade and globalization as the inevitable redemption of humanity. That fact shows us a world that has changed of polarity, or a world that no longer believes in the illusions that kept it awake for a century.

And that's because the globalization has broken apart; globalization understood as a meta-narrative, as a political and ideological

horizon to channel the collective hopes into a unique destiny where all possible welfare expectations can become reality. And today there is no global alternative that could articulate those common expectations. Instead, we are witnessing a frightened return to the national borders, and the resurgence of a certain kind of political tribalism, feed by a xenophobic anger. This world belongs to nobody.

### **The geopolitical reach of capitalism**

Marx started the study of the geographical dimension of capitalism. His debate with the economist Friedrich List about the “national capitalism” in 1847 and his reflections about the discovery of gold mines in California and its impact in transpacific trade with Asia put him as the first and most meticulous researcher of economic globalization processes in the capitalist regime. In fact, his contribution is not only about the understanding of the global character of trade, which started with the European invasion to America, but about the global and expansive nature of capitalist production.

Marx’s categories of formal subsumption and real subsumption of the work process to the capital reveal the infinite movement of the capitalist mode of production. Those imply the increasing subsumption of the workforce, the social intellect and the land to the logic of capitalist accumulation. It means the subordination of whole world’s conditions of existence to capital valorization. That’s why in its first 350 years, capitalism reach has advanced from the city-states to continents, and to a planetary dimension, in the last 150 years.

The economic and material globalization is then inherent to capitalism. It started 500 years ago, and since that period, capitalism would become even denser, in a fragmentary and contradictory way.

Following Giovanni Arrighi’s proposed framework, there have been systemic cycles of capitalist accumulation under the hegemony of a single State: Genoa (15th and 16th centuries), the Netherlands (18th century), England (19th century) and the United States (20th century). Every hegemonic state implied the densification of the globalization, first in commercial terms, then productive, technological, cognitive and, finally, environmental; and the territorial expansion of capitalist relationships. However, there is a recent event in this economic globalization: its constitution as a political and ideological project, as a hope or a matter of common sense, in other words as the horizon of an era able to unify the political beliefs and moral expectations of men and women from all around the world.

### **The “end of History”**

Globalization as the narrative or ideology of our times does not have more than 35 years of history. It was initiated by Ronald Reagan and Margaret Thatcher, by reducing welfare state, privatizing state enterprises, destroying union’s strength and substituting national market protectionism for free trade, elements that have characterized economic relationships since the 1929 crisis.

It was without any doubt an amplified return to the rules of the 19<sup>th</sup> century economic liberalism, including this time real-time markets, a growing in trade superior to global GDP growth and the importance of financial markets, present since those times. However, the main difference of this phase of the systemic cycle, if you compare it with 19<sup>th</sup> century liberalism, was the collective illusion of the globalization, in his ideological function of legitimacy, as the supposed natural and final destiny of humanity.

Governments and political parties were not the only ones to surrender with emotion to this belief in free market as a final salvation, but also the media, the universities, pundits and social leaders. The collapse of the Soviet Union and the ideological transformation – a process conceptualized by Gramsci – of former socialists that became fiery neoliberals, closed the cycle of a definitive victory for the global neoliberals.

Of course! If the USSR, considered until then the alternative to free market capitalism, quits the struggle and gives up when confronted to the free market rage - and if the fighters for a different world, publicly and on their knees, swear to forget their past convictions to proclaim the superiority of globalization over state socialism – we find ourselves in front of the constitution of a perfect narrative: the global triumph of free market as the “natural” and irreversible destiny of the world.

The proposition of a Hegelian “end of history” that Fukuyama used to characterize the “spirit” of the world had all the ingredients to become the ideology of our times or a biblical prophecy: defined as universal project, confronted to another universal project (the vilified communism), the heroic victory (end of the Cold War) and the conversion of non-believers.

History had come to an end: neoliberal globalization. Since then, without adversaries to confront, it was no longer a matter to fight for a new world, but to simply adjust, administrate and improve the present world because there were no alternative. That’s why no struggle was worthy in strategic terms because, in the end, every attempt to change the world would give up in front of the immovable destiny of humanity: globalization. Conformism and passivity became a norm that took over every society, not only the political and entrepreneur-

rial elites, but over social groups that morally embraced the dominant narrative.

## **History without end nor destiny**

Today, while you can still hear the last cheers of the “end of history” celebrations, we discover that the winner, neoliberal globalization, is dead, leaving the world without any end or a victorious horizon, in other words, with no horizon at all. Trump is not the executioner of the triumphant ideology of free market but the coroner that must write a report on a clandestine death.

The first problems of this ideology of globalization occur at the beginning of 20th century in Latin America, when workers, the urban poor and indigenous rebels decide not to follow the order to stop class warfare and form a coalition to take the state power. Combining parliamentary majorities and collective action, the progressive and revolutionary governments develop a variety of post neoliberal options, showing that free market is an economic perversion that can be replaced by other modes of economic management, more efficient in poverty reduction, equality creation and economic growth.

The “end of history” appears then to be a singular global hoax. The history – with contradictions and open choices – can start again. Later, in 2009, in the United States, the state, vilified and criticized because it was considered an obstacle to free enterprise, is summoned by Obama to partially nationalize banks and save private bankers from bankruptcy. The efficiency of enterprises, main reason to the neoliberal state reduction, is discredited, considering its incompetence to manage the citizens’ savings.

Then the economy slowed down, particularly the international trade. For the last 20 years, international trade grows two times as fast

as global GDP, but since 2012 it is almost the same, and in 2015 is even smaller. Market liberalization is no longer the engine of global economy and it is not the “proof” that the neoliberal utopia is irresistible.

Finally, English and United States voters chose to give electoral victories to the return to protectionist states – surrounded by walls if possible – showing a global malaise against the destruction of workers and middle classes standards of living, caused by the global free market.

Today, globalization does not represent the desired paradise anymore; the paradise where people could deposit their hopes or the realization of family welfare. The same countries that defended those ideas decades ago have now become their biggest detractors. We find ourselves in front of the end of one of the biggest ideological lies of the last centuries.

However, no social frustration goes unpunished. There is a moral cost, in this moment, does not show any immediate alternatives but – and that’s the tortuous way of things – it closes them, at least temporarily. The death of globalization as a collective illusion is not balanced by the emergence of some alternative able to charm and reunite the will and mobilizing hopes of victimized peoples. Globalization, as a political ideology, could win because of the state socialism defeat, an alternative that proposed the nationalization of means of production, single party system and planned economy. The Berlin Wall fall in 1989 is the metaphor of this capitulation. In the global imaginary there were only one path left, one global destiny. And now, this sole

triumphant destiny dies too. In other words, humanity is now without a destiny, without a path, without certainties. But it is not the “end of history” – as neoliberals announced – it is the end of the “end of history”, it’s the void in history.

In capitalist countries today, what is left is inertia without conviction, incapable of seducing, a handful of withered illusions and, in the writings of fossilized commentators, and nostalgia of a failed globalization, which no longer illuminate the destiny. Then, state socialism is defeated and neoliberalism has committed suicide, the world has no horizon, no future, and no mobilizing hope. It’s a time of absolute uncertainty where, as Shakespeare told: “every solid thing vanishes in the air”. However, it is a fertile era too, because there are not inherited certainties to which one could come back. Those certainties should be built with the chaotic particles coming from this cosmic cloud left after the death of past narratives.

What’s the new mobilizing future of social passions? It is impossible to know for sure. Every future is possible from the “nothing” we inherited. The common, the communitarian, the communist are some of the possibilities that live in the concrete action of human beings and their essential metabolic relationship with nature. In any case, no human society can give up on hope. No human being can forget a horizon and now we are forced to build one. That’s what humans have in common, and that common element can bring us to imagine a new destiny, different from the erratic, emergent capitalism that have just lost faith in itself.